

MONSEÑOR FRANCISCO CASES ANDREU
OBISPO DE CANARIAS

CATEQUISTAS, SEMBRADORES DE LA PALABRA
ENCUENTRO DIOCESANO DE CATEQUISTAS 2010

JUNIO 2010

Primera Parte: La Profesión de la Fe cristiana. El Credo.

Segunda Parte: La Celebración del Misterio Cristiano. La Eucaristía y los Sacramentos.

Tercera Parte: La Vida en Cristo, Vida en el Espíritu. Los Diez Mandamientos

Cuarta Parte: La Oración cristiana. El Padre Nuestro.

Nuestra Catequesis debe ser fiel tanto al contenido del Catecismo como al esquema de las dimensiones: Conocer, Celebrar, Vivir, Orar. Y esto debe manifestarse en el mismo desarrollo de la Catequesis de cada día. En la sesión de Catequesis el Catequista debe enseñar la doctrina; debe invitar a celebrar y enseñar a celebrar; debe invitar a vivir y enseñar a vivir; debe orar y enseñar a orar.

Y esto debe ser realidad en la vida del Catequista. Un Catequista formado es el que conoce la fe que está anunciando, la celebra, la vive y permanece en unión con el Señor por la oración constante.

Y es que la finalidad de la catequesis, *“el fin definitivo de la Catequesis es poner a uno no sólo en contacto sino en comunión, en intimidad con Jesucristo”* (CT 5). *“La comunión con Jesucristo, por su propia dinámica, impulsa al discípulo a unirse con todo aquello con lo que el propio Jesucristo estaba profundamente unido: con Dios, su Padre, que le había enviado al mundo y con el Espíritu Santo, que le impulsaba a la misión; con la Iglesia, su Cuerpo, por la cual se entregó; con los hombres, sus hermanos, cuya suerte quiso compartir”* (Directorio General para la Catequesis, n.. 81).

Que el Señor nos bendiga con su amor y nos llene de amor mutuo

✠ Francisco, Obispo

Obispos de cada nación, y con distintos niveles de complejidad según la edad o los destinatarios.

Además del Catecismo de la Iglesia Católica, y de los distintos Catecismos nacionales, quienes se dedican como especialistas a la tarea de la Catequesis nos ofrecen **materiales diversos** para ayudarnos a realizar esa tarea del mejor modo posible: libros de dibujos, de fichas, posters diversos, ejercicios prácticos, etc.

Palabra de Dios, Sagrada Escritura, Catecismo de la Iglesia Católica, Catecismos de uso, materiales... y como alma de todo, aglutinándolo todo en su corazón creyente y en su saber hacer, en su buen hacer, el Catequista. Es el Catequista el que hace que la ficha, el dibujo, la pregunta-respuesta, la plegaria, la explicación doctrinal... se conviertan en una acogida y escucha de Dios que habla al corazón del hombre.

Volviendo al Catecismo de la Iglesia Católica, me gustaría hacer notar un aspecto de su configuración que tiene mucho que ver con la práctica de la Catequesis. El Catecismo sigue un esquema, tiene una organización interior, que en el fondo es el resumen de las dimensiones de la Catequesis. *“Las tareas de la Catequesis –dice el Directorio- corresponden a la educación de las diferentes dimensiones de la fe, ya que la catequesis es una formación cristiana integral, ‘abierta a todas las esferas de la vida cristiana’ (DGC 84). La Catequesis debe propiciar el **conocimiento** de la fe, debe enseñar a **celebrar**, debe enseñar a **vivir** como cristiano, debe enseñar a **orar**, y todo ello **en Iglesia**, formando comunidad, y abiertos a la **misión**. Estas tareas de la Catequesis, que son dimensiones del mismo creyente, corresponden a las distintas partes en las que se divide el Catecismo de la Iglesia Católica.*

CATEQUISTAS, SEMBRADORES DE LA PALABRA

ENCUENTRO DIOCESANO DE CATEQUISTAS
11.12.19 DE JUNIO DE 2010

Mis queridos Hermanos y Amigos:

Es la tercera vez que nos reunimos en Encuentro Diocesano quienes estamos realizando la hermosa tarea, tan necesaria siempre pero hoy de una manera especial, de Catequista. Cada año hemos escogido un tema que unificase la tarea de esa Jornada y al mismo tiempo fuera enriqueciendo nuestro hacer de cada día.

En el Encuentro de 2008 elegimos como tema TRANSMITIR A OTRO LA PROPIA EXPERIENCIA DE FE. La expresión la tomábamos del Documento de Pablo VI *Evangelii Nuntiandi* y la consideramos como un resumen de lo que debía definir la misión del Catequista. En aquel encuentro prestamos mucha atención a la dificultad, más bien dificultades, de la tarea catequística, y concentramos nuestra mirada sobre el fenómeno de la secularización.

Situamos la Catequesis como uno de los pasos del proceso formativo de un cristiano. Lo esencial, lo que caracteriza este paso es que *“moldea la personalidad creyente”* (Directorio General para la Catequesis, 33) de quien ha descubierto a Cristo como Salvador. Descubrir a Cristo como Salvador, poder decir Jesús es Señor, Jesús es mi Señor, es el resultado de lo que se llama el primer anuncio, y sería el paso previo para entrar en la fase de catequesis. Y aquí se encuentra uno de los mayores problemas y dificultades de fondo del proceso formativo del cristiano y en definitiva de toda la tarea pastoral. Estamos construyendo un primer piso que llamamos Catequesis sobre una

planta baja mantenida en falso y en frágil, cuando no en el aire. El problema ni es de hoy ni es de nuestra Diócesis de Canarias. El Directorio General para la Catequesis publicado en 1997 ya lo indicaba:

El primer anuncio se dirige a los no creyentes y a los que, de hecho, viven en la indiferencia religiosa. Asume la función de anunciar el Evangelio y llamar a la conversión. La catequesis, «distinta del primer anuncio del Evangelio», promueve y hace madurar esta conversión inicial, educando en la fe al convertido e incorporándolo a la comunidad cristiana.

En la práctica pastoral, sin embargo, las fronteras entre ambas acciones no son fácilmente delimitables. Frecuentemente, las personas que acceden a la catequesis necesitan, de hecho, una verdadera conversión. Por eso, la Iglesia desea que, ordinariamente, una primera etapa del proceso catequizador esté dedicada a asegurar la conversión. (Directorio 61, 62)

En el encuentro de 2009, trabajamos sobre el tema SALIÓ EL SEMBRADOR A SEMBRAR, haciendo un repaso de todas las ocasiones en las que Jesús habla de la siembra y la semilla. Nuestra propia experiencia se expresaba claramente en la parábola del sembrador que no encuentra todos los terrenos igualmente abiertos a la Palabra. Pero esa misma experiencia de sentir que se acoge la Palabra y que se rechaza o que se acoge sin arraigo es la experiencia de Jesús mismo, sembrador del Reino.

Los Catequistas somos sembradores pero también somos terrenos en los que cae la Palabra, y en los que no siempre tiene la misma acogida; y también somos responsables, para bien y para mal, de cómo están los terrenos de esponjados o de cerrados para

Sagradas Escrituras, ya que a muchos les impide su rudeza y a otros sus ocupaciones, para que el alma no perezca de ignorancia, vamos a reunir en pocos versículos todo el dogma de la fe, y quiero que lo aprendas con las mismas palabras y lo recites con todo el empeño... Porque el Símbolo de la Fe (el Credo) no ha sido compuesto por el capricho de los hombres, sino que los principales puntos, sacados de las Santas Escrituras, perfeccionan y completan esta única doctrina de la fe. Y así como la semilla de la mostaza desarrolla grandes ramas en un grano minúsculo, del mismo modo esta fe, en pocas palabras contiene, como en un seno, todo el conocimiento de la piedad contenido en el Antiguo y en el Nuevo Testamento” (Catequesis 5ª, 12-13)

El resumen básico más completo de la fe y la moral católicas, es el **Catecismo de la Iglesia Católica**. ¿Quieres saber qué cree, qué celebra, cómo debe orar, cómo debe vivir, qué debe hacer la Iglesia toda y cada uno de nosotros en ella? Lo encuentras en el Catecismo. Contiene la doctrina de la Palabra de Dios, pero organizada de un modo sistemático. El Catecismo de la Iglesia Católica es único para toda la Iglesia. Así se presenta eñ mismo: “*Este catecismo tiene por fin presentar una exposición orgánica y sintética de los contenidos esenciales y fundamentales de la doctrina católica tanto sobre la fe como sobre la moral, a la luz del Concilio Vaticano II y del conjunto de la Tradición de la Iglesia. Sus fuentes principales son la Sagrada Escritura, los Santos Padres, la Liturgia y el Magisterio de la Iglesia. Está destinado a servir "como un punto de referencia para los catecismos o compendios que sean compuestos en los diversos países" (CEC 11).*

Este Catecismo de la Iglesia Católica, referencia común y fundamental para todos, debe ser adaptado a las distintas edades, y a las distintas culturas, y de ahí nacen lo que llamamos normalmente **nuestros Catecismos** usuales, conformados por los

supone ofrecer a otros el eco de la Palabra en nuestro propio corazón y en nuestra propia vida.

Ser Catequista es acercarse al otro a la Palabra de Dios viva, ponerlo allí donde se escucha la voz de Dios, y ayudarlo a escucharla, ayudarlo a que llegue a su corazón. Es lo que hace Jesús cuando acompaña a los discípulos de Emaús, hablarle de Él en las Escrituras, enseñarles a escucharle a Él, a verle a Él en todas las Escrituras. Así se comprende que lo que sentían ellos iba más allá de la sorpresa por comprender intelectualmente un complejo enigma, el sentido de su muerte, o la alegría de ver cómo casaban unos textos con otros. Los discípulos de Emaús hablan de que su corazón ardía al escucharle mientras les hablaba por el camino. Es el eco de ese encuentro el que debe provocar continuamente el Catequista.

Como hemos visto arriba, acompañados por la reflexión del Mensaje del Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios, esa Palabra, que es voz de Dios y que tiene rostro en Cristo, y carne de palabras humanas en la Sagrada Escritura, vive en la casa de la Iglesia. En esa casa es acogida, es comprendida, es orada, es pensada, es celebrada, es vivida, es ofrecida a todos. Todas las dimensiones y todas las expresiones que sirven de eco a esa Palabra, y ayudan a acogerla, a entenderla y a llevarla a vida, se recogen en un conjunto, que se convierte en el referente para toda la Iglesia y para todos sus miembros. De otra forma se estaría siempre a merced del subjetivismo, del parecer o de la emoción de cada uno o de cada instante, y no sabríamos en realidad qué es cristiano y católico y qué no lo es.

El resumen más elemental de ese conjunto referente es el Credo. Ya San Cirilo de Jerusalén, en sus Catequesis, explicaba así el Credo: *“Mas al aprender y confesar la fe, guarda solamente aquella que ahora te entrega la Iglesia, defendida por todas las Sagradas Escrituras. Pues como no todos pueden leer las*

recibir la semilla de la Palabra. Con lucidez firme sabemos que no somos los únicos que sembramos ideas, propuestas y proyectos. La cultura que nos rodea, alentada por los medios, la política, las finanzas no siempre trabaja en lo que es realmente bueno para el ser humano. Y sin embargo, tenemos confianza en la fuerza que tiene en sí misma la semilla que sembramos porque es nada más y nada menos que la Palabra de Dios.

En la medida que crezca esa conciencia y esa confianza alejaremos de nosotros el fantasma del cansancio y el desánimo. Nuestro trabajo será fecundo aunque ciertamente nos toque caer en el surco como el grano de trigo y morir a nosotros mismos como Jesús dijo e hizo. Entonces se manifiesta con claridad el sentido de lo que somos y lo que hacemos.

En este Encuentro de 2010 queremos precisamente centrar nuestra atención en el contenido de lo que llevamos entre manos. El Catequista, al realizar el ministerio de la Catequesis, siembra la Palabra, entrega la Palabra, anuncia la Palabra. Se trata de comprender mejor y con más detalle esta sencilla realidad, porque comprendiéndola mejor, tomamos mayor conciencia de la grandeza y hermosura de nuestra tarea, y también de nuestra responsabilidad.

Escribimos Palabra con mayúscula porque no es nuestra, es la Palabra de Dios. Hoy que tanto se habla del silencio de Dios, de las dificultades que tiene el hombre de hoy, adulto, joven o niño, para escuchar la voz de Dios, nos encontramos con que nuestra labor es precisamente hacer audible, inteligible y comprensible la Palabra de Dios. Y ayudar a que esa Palabra escuchada y acogida, sea amada, y sea la que organiza y da forma a la vida y a los hechos de los que nos escuchan.

Hace casi dos años, el Santo Padre Benedicto XVI con representantes del Episcopado del mundo entero celebró una

reunión muy importante, la XII Asamblea del Sínodo de los Obispos. Se celebra cada pocos años, y dedicó toda su atención a escuchar lo que el Espíritu dice en nuestros días a las Iglesias sobre «la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia». Al final se publicó un Mensaje del Sínodo al Pueblo de Dios, dividido en cuatro pasos, que os quiero ofrecer ahora.

LA VOZ DE DIOS

Desde las primeras palabras de la Biblia se nos dice que todo existe porque Dios habla, pronuncia una palabra que hace surgir la **creación** toda. *En el principio dijo Dios: ‘Haya luz’, y hubo luz.* Y siguió sonando la voz de Dios y fueron surgiendo todas las cosas, hasta la propia imagen de Dios, el hombre y la mujer, que surgió cuando la voz de Dios dijo: *‘Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza’.* Así todas las cosas se convierten en un mensaje que está destinado a ser escuchado por el hombre: *El cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos: el día al día le pasa el mensaje, la noche a la noche se lo susurra. Sin que hablen, sin que pronuncien, sin que resuene su voz, a toda la tierra alcanza su pregón y hasta los límites del orbe su lenguaje* (Salmo 18, 1-5). Y la voz de Dios resuena en la **historia**, porque para él no pasa desapercibida la felicidad o la desdicha del hombre, él ve y escucha, y lo que ve le hace hablar y le hace llamar al hombre que ha de servir de mensajero de su actuar en la historia: *He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he escuchado su clamor... conozco sus sufrimientos. He bajado para librarlo de la mano de los egipcios y para sacarlo de esta tierra a una tierra buena y espaciosa... Yo te envío al faraón para que saques a mi pueblo”* (Ex 3, 7-19).

Y esa voz divina que sigue resonando en la creación y en la historia se hace **Palabra escrita, Sagradas Escrituras**. Éstas

callar”, a “gritar con fuerza”, a “anunciar la Palabra en el momento oportuno e importuno”, a ser guardianes que rompen el silencio de la indiferencia.

DE LA PALABRA DE DIOS AL CATECISMO

La palabra ‘Catequesis’, tan familiar, pero tan extraña, es en realidad una palabra griega que significa *“hacer resonar, producir eco en alguien...”*. Tiene que haber una voz anterior para que se produzca el eco. ¿Qué voz ha de sonar para que la Catequesis la haga re-sonar, para que haga el eco de esa voz? La voz es la Palabra de Dios, es Jesús anunciado y acogido. El mensaje de Jesús tiene que haber resonado antes en los niños, jóvenes y adultos de nuestras Catequesis y en nosotros mismos para que resuene, para que se le haga eco por la Catequesis. A veces, pretendemos que haya “eco” sin que antes haya habido “voz”. Ya hablaba antes, y le dedicamos una especial atención en el Encuentro de hace dos años, de cómo el primer anuncio, la planta baja del proceso de formación de un cristiano, es muchas veces inexistente o pobre. Y hasta podríamos preguntarnos si en nosotros, Catequistas y Predicadores, está suficientemente actualizada o renovada esa escucha y esa acogida de la Voz, de la Palabra, de Cristo.

Esto tiene que estar muy claro en nosotros para que no demos por supuesto nada, para que hagamos el ‘eco’ de una ‘voz’ que tenemos que hacer sonar nosotros mismos. El Objetivo General de nuestro Plan Diocesano de Pastoral nos propone la tarea de TRANSMITIR LA FE. Seamos conscientes de que muchas veces hemos de suscitar la fe, proponer la fe, provocar el Encuentro que hace nacer la fe. En este sentido toda la Iglesia tiene necesidad de ser evangelizada, de volver continuamente al primer anuncio y a la primera respuesta a Jesús Salvador. Ser sembrador de la Palabra supone ser oyentes y acogedores de la Palabra. Anunciar a otros, ser para otros ‘eco’ de la Palabra

Y finalmente **la última columna** que sostiene la Iglesia, casa de la Palabra: la *koinonía*, la **comunión fraterna**, otro de los nombres del ágape, es decir, del amor cristiano. Como recordaba Jesús, para convertirse en sus hermanos o hermanas se necesita ser *«los hermanos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen»* (Lc 8, 21). La escucha auténtica es obedecer y actuar, es hacer florecer en la vida la justicia y el amor, es ofrecer tanto en la existencia como en la sociedad un testimonio en la línea de la llamada de los profetas que constantemente unían la Palabra de Dios y la vida, la fe y la rectitud, el culto y el compromiso social. Ya san Juan Crisóstomo había observado que los apóstoles descendieron del monte de Galilea, donde habían encontrado al Resucitado, sin ninguna tabla de piedra escrita como sucedió con Moisés, ya que desde aquel momento, sus mismas vidas se convirtieron en el Evangelio viviente.

LOS CAMINOS DE LA PALABRA: LA MISIÓN

«Porque de Sión saldrá la Ley y de Jerusalén la palabra del Señor» (Is 2,3). La Palabra de Dios personificada “sale” de su casa, del templo, y se encamina a lo largo de los caminos del mundo para encontrar la gran peregrinación que los pueblos de la tierra han emprendido en la búsqueda de la verdad, de la justicia y de la paz. Existe, en efecto, también en la moderna ciudad secularizada, en sus plazas, y en sus calles - donde parecen reinar la incredulidad y la indiferencia, donde el mal parece prevalecer sobre el bien, creando la impresión de la victoria de Babilonia sobre Jerusalén - un deseo escondido, una esperanza germinal, una conmoción de esperanza. Come se lee en el libro del profeta Amos, *«vienen días - dice Dios, el Señor - en los cuales enviaré hambre a la tierra. No de pan, ni sed de agua, sino de oír la Palabra de Dios»* (8, 11). A esta hambre quiere responder la misión evangelizadora de la Iglesia.

Cristo resucitado lanza la llamada a los apóstoles titubeantes para salir de las fronteras de su horizonte protegido: *«Id a todas las naciones, haced discípulos y enseñadles a obedecer todo lo que os he mandado»* (Mt 28, 19-20). La Biblia está llena de llamadas a “no

son el “testimonio” en forma escrita de la Palabra divina, el memorial que atestigua el acontecimiento de la revelación creadora y salvadora... Como el horizonte de la Palabra divina abraza y se extiende más allá de la Escritura, es necesaria la constante presencia del Espíritu Santo que *‘guía hasta la verdad completa’* (Juan 16, 13) a quien lee la Biblia. Es ésta la gran Tradición, presencia eficaz del ‘Espíritu de verdad’ en la Iglesia, guardián de las Sagradas Escrituras, auténticamente interpretadas por el Magisterio eclesial.

EL ROSTRO DE LA PALABRA: JESUCRISTO

“Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros” (Juan 1, 14), y por eso hoy, como entonces aquellos griegos que acudieron a Felipe, podemos decir: *“Queremos ver a Jesús”* (Juan 12, 21). La tradición cristiana ha puesto a menudo en paralelo la Palabra divina que se hace carne con la misma Palabra que se hace libro. El Concilio Vaticano II recoge esta antigua tradición según la cual *«el cuerpo del Hijo es la Escritura que nos fue transmitida»* - como afirma san Ambrosio (*In Lucam VI, 33*) - y declara límpidamente: *«Las palabras de Dios expresadas con lenguas humanas se han hecho semejantes al habla humana, como en otro tiempo el Verbo del Padre Eterno, tomada la carne de la debilidad humana, se hizo semejante a los hombres»* (DV 13).

La Palabra divina se expresa en la Biblia según un lenguaje humano, que tiene que ser descifrado, estudiado y comprendido;... la inspiración divina no ha borrado la identidad histórica y la personalidad propia de los autores humanos. Sin embargo, la Biblia también es Verbo eterno y divino y por este motivo exige otra comprensión, dada por el Espíritu Santo, que desvela la dimensión trascendente de la Palabra divina, presente en las palabras humanas.

Los 73 libros de la Sagrada Escritura tienen una unidad profunda e íntima, son el testimonio de un diálogo único entre Dios

y la humanidad, de un único designio de salvación. «*Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo*» (Hb 1, 1-2). Cristo es el Alfa y la Omega de ese diálogo entre Dios y sus criaturas. Es a la luz de Cristo como adquieren todo su pleno sentido las palabras todas de la Escritura, como indicó Jesús mismo cuando, Señor Resucitado, explicó a los discípulos de Emaús “*todo lo que se refería a Él en todas las Escrituras*” (Luc 24, 27).

Precisamente porque en el centro de la Revelación está la Palabra divina transformada en rostro, el fin último del conocimiento de la Biblia no está «*en una decisión ética o una gran idea, sino en el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva*» (*Deus caritas est*, 1).

LA CASA DE LA PALABRA: LA IGLESIA

La Palabra de Dios tiene una casa en el Nuevo Testamento: es la Iglesia que posee su modelo en la comunidad-madre de Jerusalén, la Iglesia, fundada sobre Pedro y los apóstoles y que hoy, a través de los obispos en comunión con el sucesor de Pedro, sigue siendo garante, animadora e intérprete de la Palabra (cf. LG 13). Lucas, en los Hechos de los Apóstoles (2, 42), esboza su arquitectura basada sobre cuatro columnas ideales, que aún hoy dan testimonio de lo que configura la comunidad eclesial: «*Todos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan, y en las oraciones*».

La primera columna es la enseñanza apostólica, la predicación de la Palabra de Dios, que propone a todos el anuncio que el mismo Jesús había proclamado y que ahora es anuncio de Cristo: «*En ningún otro hay salvación, ni existe bajo el cielo otro*

Nombre dado a los hombres, por el cual podemos salvarnos» (Hch 4, 12).

En la Iglesia resuena después del anuncio la catequesis, que está destinada a profundizar en el cristiano «*el misterio de Cristo a la luz de la Palabra para que todo el hombre sea irradiado por ella*» (Juan Pablo II, *Catechesi tradendae*, 20). Pero el apogeo de la predicación está en la homilía que aún hoy, para muchos cristianos, es el momento culminante del encuentro con la Palabra de Dios... El anuncio, la catequesis y la homilía suponen, por lo tanto, la capacidad de escuchar y acoger, de leer y de comprender, de explicar e interpretar, implicando la mente y el corazón.

La segunda columna que sostiene la Iglesia, casa de la Palabra divina, es la **fracción del pan**. La escena de Emaús (cf. Lc 24, 13-35) una vez más es ejemplar y reproduce cuanto sucede cada día en nuestras iglesias: en las palabras de Jesús sobre Moisés y los profetas aparece, en la mesa, la fracción del pan eucarístico. El Concilio Vaticano II, en un pasaje de gran intensidad, declaraba: «*La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo*» (DV 21). Por esto, se deberá volver a poner en el centro de la vida cristiana «*la Liturgia de la Palabra y la Eucarística que están tan íntimamente unidas de tal manera que constituyen un solo acto de culto*» (SC 56).

La tercera columna del edificio espiritual de la Iglesia, la casa de la Palabra, está constituida por las **oraciones**, entrelazadas - como recordaba san Pablo - por «*salmos, himnos, alabanzas espontáneas*» (Col 3, 16). Ante el lector orante de la Palabra de Dios se levanta idealmente el perfil de María, la madre del Señor, que «*conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón*» (Lc 2, 19; cf. 2, 51), encontrando el vínculo profundo que une eventos, actos y cosas, aparentemente desunidas, con el plan divino.